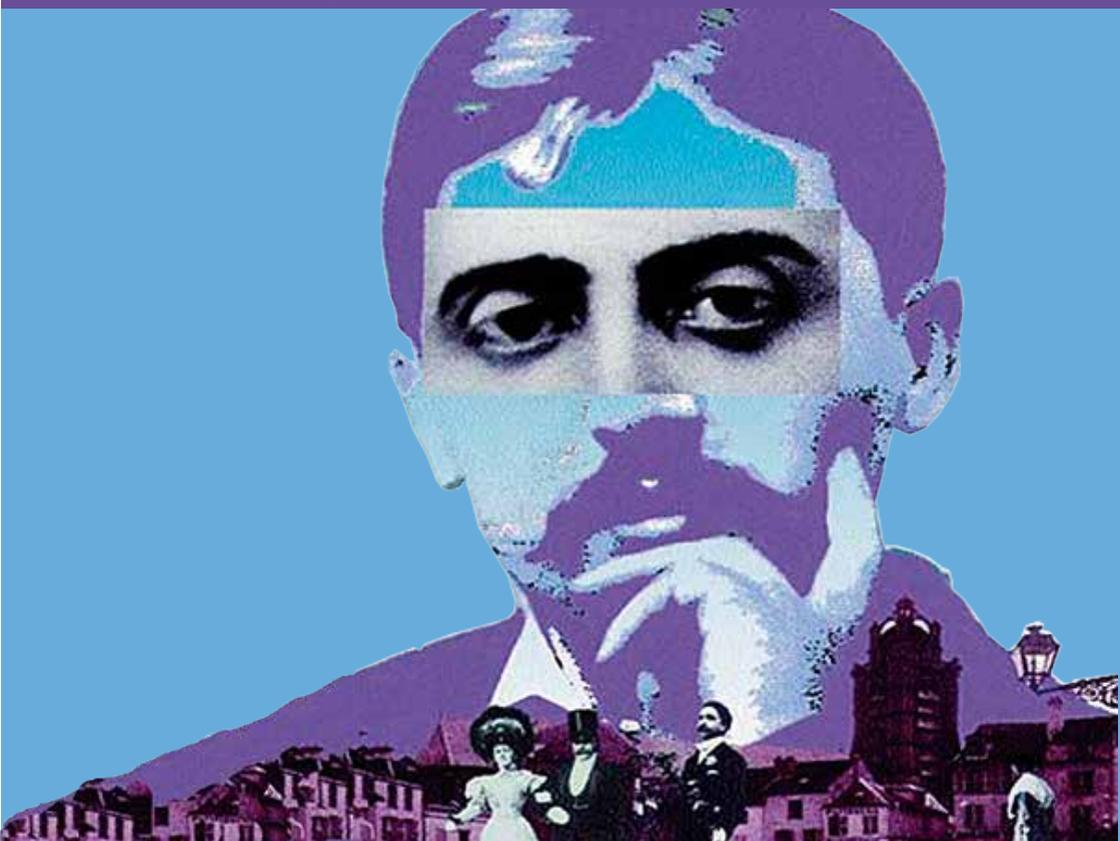


**Trabajos, Comunicaciones y Conferencias**

**Actas de las Jornadas Marcel Proust**  
Literatura y filosofía

*Anaía Melamed*  
(coordinadora)



**FaHCE**  
FACULTAD DE HUMANIDADES Y  
CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN



UNIVERSIDAD  
NACIONAL  
DE LA PLATA

**Actas de las Jornadas Marcel Proust:  
literatura y filosofía**

Ensenada, 1 y 2 de diciembre de 2014

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación  
Universidad Nacional de La Plata

2016

Diseño: D.C.V Celeste Marzetti

Tapa: D.G. P. Daniela Nuesch

Asesoramiento imagen institucional: Área de Diseño en Comunicación Visual

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

©2016 Universidad Nacional de La Plata

Actas de las Jornadas Marcel Proust: literatura y filosofía

Ensenada, 1 y 2 de diciembre de 2014

ISBN: 978-950-34-1398-2

Número de la colección: Trabajos, comunicaciones y conferencias 28

**Cita sugerida:** Melamed, A. (coord.). (2016). Actas de las Jornadas Marcel Proust : Literatura y filosofía (2014 : Ensenada). La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Trabajos, comunicaciones y conferencias ; 28) Recuperado de <http://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/73>



Licencia Creative Commons 3.0 a menos que se indique lo contrario

**Universidad Nacional de La Plata**  
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

**Decano**

Dr. Aníbal Viguera

**Vicedecano**

Dr. Mauricio Chama

**Secretaria de Asuntos Académicos**

Prof. Ana Julia Ramírez

**Secretario de Posgrado**

Dr. Fabio Espósito

**Secretaria de Investigación**

Prof. Laura Lenci

**Secretario de Extensión Universitaria**

Mg. Jerónimo Pinedo

# INDICE

---

<a href="#">Presentación</a> .....	6
<i>Analía Melamed</i>	
<a href="#">Sobre los trabajos presentados en las jornadas</a> .....	9
<i>Leopoldo Rueda</i>	
<a href="#">Literatura y filosofía: por los caminos de la ambigüedad</a> .....	16
<i>Silvia Solas</i>	
<a href="#">Identidades ficticias, alienación y enmascaramiento: la teoría anti-egológica de J. P. Sartre en la función amor proustiana</a> .....	29
<i>Luisina Bolla y Andrea Noelia Gómez</i>	
<a href="#">Rorty adversus Rorty: posibilidades políticas en la lectura neopragmatista de la novela proustiana</a> .....	38
<i>Leopoldo Rueda</i>	
<a href="#">Sobre las condiciones de posibilidad de la metáfora visual</a> .....	52
<i>Alejandra Bertucci</i>	
<a href="#">La Prisionera de Marcel Proust: el factor Pussy Galore</a> .....	61
<i>María Luján Ferrari</i>	
<a href="#">El travestismo y la “raza maldita”</a> .....	71
<i>Ignacio Lucía</i>	
<a href="#">Madame de Sévigné y algunos aspectos centrales del amor en la novela proustiana</a> .....	81
<i>Andrea Noelia Gómez</i>	
<a href="#">Memoria y experiencia en Proust: una lectura de “Unos amores de Swann”</a> .....	89
<i>Santiago Woollands</i>	
<a href="#">Recordar y despertar: dos experiencias de umbral en Saer y Proust</a> .....	100
<i>María Alma Moran</i>	
<a href="#">Elogio al fracaso (Sobre lecturas deseantes de la Recherche)</a> .....	109
<i>Luis Fernando Butierrez</i>	
<a href="#">Charlus, un recorrido personal de la decadencia</a> .....	118
<i>Analía Melamed</i>	

## Presentación

Las jornadas “Marcel Proust: literatura y filosofía” realizadas durante el año 2014 en la Facultad de Humanidades y Ciencias de Educación de la UNLP contaron con el valioso auspicio del Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales (Conicet-UNLP) y del Departamento de Filosofía. Estas jornadas constituyeron un aporte más a una tradición de estudios proustianos del Departamento de Filosofía, que incluye el desarrollo de proyectos de investigación, tesis doctorales, publicaciones de libros, artículos, ponencias, etc. El antecedente más directo de las jornadas de 2014 se remonta a las Jornadas “Proust y la estética contemporánea” realizadas el 21 y 22 de septiembre de 2000 en el pasaje Dardo Rocha de La Plata, con el auspicio de los Departamentos de Filosofía y de Letras de la UNLP así como de la Embajada de Francia. En esa ocasión fueron organizadas por Julio Moran en calidad de director y quien escribe como secretaria. Contaron además, con la presencia de numerosos especialistas de filosofía, letras, historia del arte, pintura, cine.

En 2014 quisimos retomar aquel espíritu de las primeras jornadas y para ello contamos con el aporte entusiasta de alumnos de la carrera de Filosofía –también de las carreras de Letras e Historia– reunidos en un grupo de lectura sobre Proust. Asimismo tuvimos la colaboración de Profesores de Filosofía y de Letras, muchos de los cuales habían participado también de las jornadas realizadas 14 años antes.

Por mi parte, para la apertura de las jornadas me propuse investigar sobre la vida de Marcel Proust y lo que cien años antes le había ocurrido, para que nuestra reunión fuera al mismo tiempo una ocasión para conmemorar algún acontecimiento especial de su vida u obra. Al indagar en las biografías, particularmente la de Jean-Yves Tadié,<sup>1</sup> de donde extraje la información que

---

<sup>1</sup>Jean-Yves Tadié. (1983). *Proust* (pp. 281-287). París: Belfond.

sigue, encontré que posiblemente 1914 fue uno de los años más tristes de la existencia de nuestro autor. En efecto, el 1 de enero se publica en la *Nouvelle Revue Française* una crítica demoledora de Henri Ghéon a *Por el camino de Swann* editada el año anterior. Ghéon considera a la obra “producto del ocio”, “lo contrario de la obra de arte, es decir, un inventario de sensaciones” que “rebasaba nuestra irritación”. Para medir la importancia que la crítica tendría sobre Proust baste señalar que éste consideraba a la *Nouvelle Revue Française* como parte de su familia espiritual. No obstante, intenta defenderse al afirmar –en una nota dirigida a Ghéon– que no se trata de un producto del ocio porque su enfermedad le permite escasas horas de trabajo. Mientras que a la acusación de minuciosidad responde que sin estrellas y microbios no se puede descubrir las leyes profundas de la vida y de la naturaleza. Hay que señalar que también recibe críticas elogiosas, por ejemplo la del pintor Jacques Emile Blanche publicada el 15 de abril en *L’Echo de Paris*.

El 30 de mayo su amado Agostinelli –que estaba inscripto en una escuela de aviación con el nombre Marcel Swann– cae al mar en una avioneta y muere ahogado. Ese mismo día Proust le había escrito una carta donde contaba que le había comprado un avión y que tenía intención de hacerle grabar el soneto “El cisne” de Mallarme (el mismo que el narrador de *En busca del tiempo perdido* quiere grabar en el *rolls* de Albertina). Proust compara su dolor por la muerte de Agostinelli con el de la muerte de su madre.

En el mes de julio se declara la Gran Guerra, hoy conocida como la primera guerra mundial, cuyos efectos devastadores son ampliamente conocidos. Su hermano y muchos de sus amigos van al frente. En esa época su correspondencia incluye las listas de los amigos caídos en combate. De esos textos, las descripciones de las noches en París durante la guerra reaparecerán en el *Tiempo Recobrado*. El 17 de diciembre muere en el campo de batalla uno de sus más queridos amigos: Bertrand de Fénelon. Y el 31 de diciembre, en una carta, se refiere al año 2014 como “este año horroroso”.

También durante 1914 transcurre la preparación de *El mundo de Guermantes* y de ese año datan esbozos de lo que serán *Sodoma y Gomorra*, *La prisionera*, *Albertina ha desaparecido*.

De lo dicho surge que resulta imposible escoger algún acontecimiento de ese año que sea digno de celebración cien años después, sin embargo sí hay algo que es necesario rescatar, una suerte de mensaje que atraviesa los años y

tiene significado en un contexto que ya no es el mismo, pero que se le parece en su violencia. Y es que en un mundo que se derrumba, la persistencia en la escritura, la confianza en la propia obra y en su capacidad redentora del sufrimiento, son merecedoras de recuerdo y admiración.

Analia Melamed

## Sobre los trabajos presentados en las Jornadas

*Leopoldo Rueda*<sup>1</sup>

Los trabajos que aquí se presentan abordan distintos aspectos de la obra proustiana, e indagan todos ellos los puntos de vinculación entre la literatura y la filosofía, eje principal de las Jornadas. En este sentido, en “Literatura y filosofía: por los caminos de la ambigüedad” Silvia Solas comienza con dos preguntas básicas, a saber, ¿qué tienen en común literatura y filosofía? ¿Qué las diferencia? En el abordaje de estas preguntas, Solas retoma por un lado la perspectiva de Proust como un referente del campo de la literatura que aborda la filosofía y por otro lado la perspectiva de Merleau-Ponty, quien desde la filosofía trabaja la literatura. En los trabajos de Merleau-Ponty sobre Proust es donde justamente resalta la relación entre literatura y filosofía, dado que allí se pone de relieve su condición de posibilidad: la convicción de que somos contingencia y ambigüedad. Si, como sostiene Merleau-Ponty, la tarea del novelista es hacer que las ideas existan delante de nosotros, la filosofía y la literatura vuelvan a reunir sus caminos cuando la primera busca dar cuenta de la experiencia del mundo, por lo cual ya no puede prescindir de las historias literarias, en tanto que ellas no representan o traducen algo, sino que hacen accesible ese algo a la experiencia de todos. Pero, como señala Solas, en el caso de la novela proustiana no sólo se experimenta una obra (una sonata o a Fedra) sino que también experimentamos la experiencia del receptor de dichas obras. Es a través de la literatura donde se recupera una noción no dualista de la experiencia humana, o mejor, donde se encuentran superados los dualismos adentro/afuera, sujeto/objeto, cuerpo/pensamiento, ideal/sensible, y sobre todo visible/invisible. La

---

<sup>1</sup>Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación Universidad Nacional de La Plata-CONICET.

literatura y la filosofía tienen así la tarea de mostrar el trasfondo metafísico del hombre, su fundamental contingencia, su ambigüedad.

En Proust esta contingencia llega hasta lo más profundo de lo humano, a su yo, cuestión que es trabajada en el capítulo titulado “Identidades ficticias, alienación y enmascaramiento: la teoría anti-egológica de J. P. Sartre en la función amor proustiana” de Noelia Gómez y Luisina Bolla. Tomando la noción de intertextualidad, las autoras indagan en las identidades inestables que aparecen en la novela proustiana desde un marco sartreano, más precisamente desde la teoría de la alienación egológica del primer Sartre. En efecto, la inestabilidad ontológica que caracteriza los personajes proustianos logran ciertos momentos de sutura, de cristalización de una identidad siempre precaria. Del mismo modo, Sartre sostiene que el ego es una instancia derivada, secundaria, mediante la cual la conciencia enmascara su absoluta espontaneidad. El yo ilusorio tiene como función evitar la angustia antes las infinitas posibilidades derivadas de la inestabilidad ontológica y de esta manera lo que opera es un esquema secuenciado como conciencia/alienación/yo. Las autoras sostienen que este esquema funciona también en el caso de las identidades de los personajes de Proust, donde el amor es tanto una instancia alienante como instancia de sutura (siempre precaria) de las identidades. Identidades por supuesto siempre ficticias y teatrales, que configuran la trama de simulacros y equívocos que caracteriza la novela, una trama también de anticipaciones y decepciones.

El radical antiesencialismo y consecuente perspectivismo que caracteriza a la novela proustiana puede ser leído desde una perspectiva política, siempre que el reconocimiento de que no hay verdades últimas pueda favorecer el entrar en una comunicación con otros. En este sentido, en “Rorty adversus Rorty: posibilidades políticas en la lectura neopragmatista de la novela proustiana” Leopoldo Rueda propone leer a Proust desde la teoría de la literatura rortiana, contradiciendo lo que Rorty mismo sostiene acerca de Proust. En efecto, fiel a su idea de la separación del ámbito de lo público y lo privado, Rorty afirma que la novela proustiana solo sirve a efectos de nuestra autoperfección privada pero poco tiene que ver con el fomentar la solidaridad humana. No obstante, atendiendo a la concepción de la literatura del mismo Rorty, es justamente esta la que tiene la función de mostrarnos la pluralidad de los puntos de vista, la posibilidad de autocreación, la necesidad de estimular nuestra imaginación y

de tratar de ver los muchos mundos que nos presentan los otros. El abandono de una perspectiva autoritaria que nos haga creer que estamos en posesión de una verdad es la posibilidad de entrar en una conversación con otros. Es por ello que para el autor del trabajo la novela proustiana sí ofrece perspectivas políticas y que el autor neopragmatista al hablar de Proust contradice su propia concepción de la literatura.

Es justamente en el arte donde se expresa la posibilidad de observar las cosas de otra manera. Alejandra Bertucci se pregunta acerca de si “es posible la metáfora visual” y para ello retoma los aportes de Proust pero también de Ricoeur y de Gombrich. En términos generales las metáforas han sido entendidas como un tropo fundamentalmente lingüístico mediante el cual es posible comparar términos extraños a partir de una desviación o torsión de los sentidos. Como sostiene la autora en “Sobre las condiciones de posibilidad de la metáfora visual”, retomando la concepción aristotélica, las metáforas se caracterizan por un índice negativo (el choque de dos elementos heterogéneos) y por un índice positivo (la posibilidad de observar una nueva semejanza), pero lo interesante de la concepción de las metáforas en el arte de estos tres autores es que para ellos son estas metáforas las que permiten redefinir las categorías con que capturamos lo real y cuestionar las clasificaciones anteriores, teniendo por lo tanto un auténtico valor cognitivo. Pero Proust, como da entender Bertucci, va un poco más lejos todavía cuando afirma que la pintura representa la posibilidad de acceso a una experiencia más originaria del mundo que la que ofrece el lenguaje y el intelecto. De este modo, para Proust, el arte revelaría una “naturaleza poética” en la cual se disuelven las clasificaciones habituales, pero para que el arte revele esto requiere de metáforas vivas, que no fijen su sentido en convenciones sino que exijan al vidente de un esfuerzo de comprensión.

Si para Proust el arte es una posibilidad de comprender a los demás, en su novela él busca lograr una intelección de mundos desconocidos, sobre todo el mundo de las mujeres y las relaciones homoeróticas entre ellas. En “La Prisionera de Marcel Proust: el factor Pussy Galore” Luján Ferrari explora la construcción de la homosexualidad femenina en la Recherche a partir de la construcción del personaje de Albertine y su posible lesbianismo. En la lógica de todos los amores que retrata Proust, el ser amado siempre aparece como un emisor de signos ambiguos, cuya decodificación exacta pareciera

depender de ser habitante de un mundo del cual no somos parte. Los mundos posibles que el arte abre son los que el amor cierra, dejándonos sin embargo la conciencia de su visión y el deseo de participar en ellos. En la novela el amor funciona incluso como un prisma deformante a la hora de considerar la homosexualidad: si en el caso del barón de Charlus la homosexualidad se vuelve feminizante, no sucede lo mismo en el caso de Albertine, cuya sospechada homosexualidad no la masculiniza. Por otro lado, si cuando el amor no interviene se goza de un privilegio epistemológico que permite decodificar los signos y ver, cuando se ama, por el contrario, la mirada recae sobre uno. El mundo de las mujeres aparece en Proust como un mundo desconocido y con características esenciales. Ahora bien, la autora sostiene que al secuestrar a Albertine, lo que se busca es invertir dicha lógica y “mirar sin ser visto”. De esta manera, el amor entre mujeres es puesto como objeto de placer erótico para la mirada masculina, derribando el incognoscible mundo femenino. La autora llama esto el factor Pussy Galore, un elemento mítico y fraudulento que juega tanto en Proust como en buena parte de la cultura popular del siglo XX a la hora de establecer un código la mirada sobre la sexualidad entre las mujeres desde un código visual heterosexual masculino.

El tópico de la homosexualidad es trabajado también por Ignacio Lucía, quien en “El travestismo y ‘la raza maldita’” retoma los aportes de Kosofsky Sedgwick y analiza cómo aparecen en la *Recherche* dos modelos explicativos de la homosexualidad en abierta contradicción. Por un lado, como muestra la escena de seducción entre el barón de Charlus y Jupien, desde el punto de vista de Marcel, la homosexualidad es comprendida desde el tropo universalizante de la “inversión” siendo el homosexual una mujer atrapada en el cuerpo del hombre pero no contradiciendo el patrón heterosexual: una mujer que desea un hombre, un hombre que desea una mujer. La otra visión que aparece en la *Recherche*, o visión “minorizante”, comprende que la homosexualidad es una identidad en sí misma, totalmente distinta de la heterosexualidad, y que determina un tipo peculiar de deseo. Se trata así del tropo de “separatismo de género”. La convivencia de estos dos modelos contradictorios se relaciona según el autor con la crisis en la definición de la homosexualidad de principios de siglo XX de la cual Proust se hace eco. No obstante, no se trata solo de esto, sino que Proust mismo evalúa ambos modelos poniéndolos a jugar en ese escenario teatral de experimentación que es la novela.

Por su parte, en “Madame de Sévigné y algunos aspectos centrales del amor en la novela proustiana” Noelia Gómez propone una lectura intertextual entre las cartas de Sévigné a su hija y el modelo del amor materno que es presentando en la *Recherche*. La autora argumenta que Proust da indicios de que los personajes sabían del amor incestuoso de Mme. de Sévigné por su hija, y por este motivo la inclusión de sus citas y las referencias a sus *Cartas* son entonces marcos de comprensión para entender las lógicas del amor en la novela no quedando exceptuado el amor materno de la perversión y degradación que caracterizan los “verdaderos amores” en Proust. Pero, si las Cartas funcionan como una pista que depende del horizonte del lector descifrar, abren al mismo tiempo un lugar para que el lector haga una lectura telescópica, es decir, se abren muchas perspectivas que no pueden ser jerarquizadas en una escala de más o menos verdaderas sino que todas son válidas. Para Proust la relación con el arte no puede ser dogmática.

Precisamente, Santiago Wollands en su trabajo titulado “Memoria y experiencia en Proust: una lectura de ‘Unos amores de Swann’” señala que Proust denuncia la forma dogmática en que la burguesía se relaciona con el arte. En efecto, el clan de los Verdurin, gobernado por la “ama”, exige a su cogollito la adhesión sin fisuras de los criterios estéticos. No obstante, se trata de una fe donde el arte es una mercancía entre otras que se utiliza como instrumento de legitimación de los nuevos valores de una clase ascendente. La posibilidad de una genuina experiencia con el arte aparece con el personaje de Swann, a partir de la memoria involuntaria que, al mismo tiempo que preserva a las cosas de la nihilización propia del tiempo destructor, funde el pasado y el presente en un dato significativo que se vuelve así lo único digno de fe. La experiencia del arte aparece en Proust como la experiencia por excelencia capaz de ser resguardada por la memoria involuntaria, y como la única que puede sobrevivir al tiempo destructor, pero esta se encuentra amenazada por el amor que todo lo pervierte, como es el caso de Swann, quien a raíz de asociar el arte al amor lo pervierte y se convierte en un “solterón del arte”.

El acceso a una genuina experiencia que recupere toda la densidad de lo real puede encontrarse también en lo que Alma Moran llama “experiencias del umbral”. Partiendo del diagnóstico benjaminiano de la crisis de la experiencia en “Recordar y despertar: dos experiencias de umbral en Saer y Proust” la autora argumenta que tanto para Proust como para Saer el momento del despertar

es un momento fundamental en la posibilidad de la recuperación de la trama de la experiencia. En efecto, para ambos autores, el despertar se proyecta como principio creador y dinamizador a lo largo de sus obras y por otro lado la tematización del despertar remite a la preocupación por lo real. Como punto de confluencia de ambos autores, el despertar es el momento dialéctico por excelencia entre el sueño y la vigilia y funciona así como momento dialéctico entre la ficción y la realidad.

El despertar es también el momento en el que todas las certezas caen y con ellas, caen también todos los hábitos y todas las costumbres que conforman el yo. Como analiza Luis Butierrez, la dinámica del deseo sigue un camino similar. En “Elogio al fracaso (sobre lecturas deseantes de la *Recherche*)” el autor busca articular algunas lecturas en torno a la discusión del deseo y del placer del lector de la novela con la teoría del deseo de Deleuze. A partir de algunos episodios seleccionados, Butierrez hace una reconstrucción de la teoría del deseo de Proust y se pregunta también acerca de si es posible una lectura deseante de la novela. Siguiendo los episodios de los viajes a Balbec del héroe y de la aventura de amor con Albertine, el autor sostiene que en Proust el deseo funciona como algo previo a la relación sujeto-objeto, y que el primer momento es una liberación o un despertar de las potencias del deseo a partir de la caída de los hábitos y las costumbres, producto de una situación novedosa (un viaje, una persona, una obra de arte), una suerte de desterritorialización. Los nuevos hábitos configuran nuevas territorializaciones y una nueva pérdida del deseo, del cual queda siempre un excedente, un “goce procedente de un deseo muerto” que se proyecta en las nuevas sucesiones deseantes. El deseo es entendido así no como la relación entre un sujeto y un objeto sino como campos de fuerza y multiplicidades que se abren o cierran a partir de ciertos dispositivos y que las territorializaciones en hábitos y costumbres clausuran. Por ello, elogiar el fracaso, es valorar la caída de los hábitos y costumbres que liberan las potencias del deseo y que permiten desterritorializaciones, y es esta teoría del deseo la que se pone en juego cuando un lector se acerca a la novela: el fracaso de cada hipótesis de lectura.

Si como dijimos al principio, la ambigüedad era el trasfondo metafísico del hombre que la literatura y la filosofía tenían la tarea de revelar, la novela proustiana expone esta ambigüedad tanto en su aspecto positivo y productivo (como la tarea de autocreación) como también en su aspecto trágico que se

vislumbra principalmente en el recorrido decadente que siguen los personajes de Proust, es decir, expone ambiguamente su teoría de la ambigüedad. En este sentido, en “Charlus, un recorrido personal de la decadencia” Analía Melamed sostiene que por sus múltiples perspectivas el barón deviene un cristal imprescindible para analizar la novela pero también es un espejo en el cual mirar nuestras propias vidas y nuestras lecturas. En efecto, sobre la figura de Charlus, Proust va superponiendo capas, pistas falsas, signos equívocos sujetos a constantes desciframientos que refieren a su fundamental ambigüedad. En Charlus se expone el fracaso de todas las certezas tanto sobre el mundo como sobre los personajes, el fracaso también de los intentos de ocultar una naturaleza que nos excede, pero también se expone en él la batalla de los mundos sociales, la locura y la perversión del amor. Sobre el cuerpo de ese ser ambiguo, como muestran las últimas apariciones de Charlus, no pueden dejar de leerse la tragedia de esa ambigüedad y las marcas de las batallas contra sí mismo, y sobre todo, la batalla siempre perdida contra el tiempo destructor.

# Identidades ficticias, alienación y enmascaramiento: la teoría anti-egológica de J. P. Sartre en la función amor proustiana

Luisina Bolla<sup>1</sup> y Andrea Noelia Gómez<sup>2</sup>

El genio de Proust, aún reducido a las obras producidas, no por eso deja de equivaler a la infinitud de los puntos de vista posibles que pudieran adoptarse sobre esa obra, y esto se llamará la ‘inagotabilidad’ de la obra proustiana.

Sartre, J.P., *El ser y la nada*.

## Algunas consideraciones preliminares en relación a la propuesta de trabajo

Se ha discutido mucho acerca de la relación Proust-Sartre. Sin embargo, la mayoría de los estudios se han orientado a analizar las afirmaciones explícitas de Sartre sobre Proust, presentes sobre todo en *El ser y la nada*. Nuestra propuesta, en lugar de realizar una exégesis de la interpretación que Sartre realiza sobre Proust, sugerirá una hipótesis de lectura intertextual. Intentaremos poner en relación las subjetividades inestables, de-sustantivadas que emergen en la obra de Proust con un marco conceptual sartreano; más precisamente, con la teoría de la alienación egológica del primer Sartre. Así, intentaremos visibilizar ciertos puntos de contacto, ciertas afinidades subterráneas, que habilitan –a nuestro parecer– otra puesta en diálogo, en relación específica con el esquema sartreano conciencia/alienación/yo y con la concepción proustiana de la subjetividad, analizando fundamentalmente la función del *amor* como instancia alienante.

---

<sup>1</sup> Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata-CONICET.

<sup>2</sup> Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata.

## Introducción: identidades in-esenciales

En la obra de Proust, las identidades aparecen como juegos de sombras, inestables y precarias. No hay personaje cuya esencia pueda ser capturada en una definición, ni siquiera en una “visión”, porque no hay elementos fijos ni esencias. Tal como señala Moran: “La novela proustiana, por su parte mantiene un perspectivismo que introduce siempre nuevos puntos de vista que alteran las informaciones que tenemos sobre los hechos y las personas [...]. En rigor, no hay personaje proustiano que tenga una esencia permanente” (Moran, 2005: 20). Así, la idea humeana del “haz de percepciones” (*bundle of perceptions*) (Hume, 1739/1984: Libro I, Parte IV, Sección VI) se proyecta tanto sobre la figura del narrador como sobre los demás personajes. La subjetividad aparece entrevista en la misma sucesión de cambios en los que desaparece. Más que cambios, lo que parece tener lugar es una serie de transmutaciones (o metamorfosis), de las cuales no percibimos los eslabones, sino sólo los efectos.

En medio de esta inestabilidad ontológica, se producen sin embargo momentos de *sutura*. Los personajes, en efecto, adquieren cierta solidez precaria, y es a propósito de este equilibrio inestable que nos interesa proponer nuestra hipótesis de lectura. Para ello, pondremos en relación las subjetividades inestables proustianas con el marco conceptual del primer Sartre, permitiéndonos esto entrever la fluctuación que atraviesa las subjetividades proustianas desde una nueva óptica, al relacionar la dialéctica inestabilidad/estabilidad (actualizada en los personajes de Proust) con la teoría sartreana de la alienación egológica. Dicha teoría intenta dar cuenta de la manera en que la conciencia “enmascara” su absoluta espontaneidad, mediante su fijación alienante sobre un objeto trascendente, el ego.

Es preciso señalar, en primer lugar, que la teoría del yo que Sartre presenta en sus escritos tempranos es deudora indirecta de la concepción humeana del yo, que el francés recepciona a través de Husserl. De este modo, pretendemos sugerir una línea de investigación posible, que se inscriba en el camino ya abierto por los estudios sobre la relación entre la subjetividad in-esencial de Proust y la concepción humeana del yo, pero que aporte una nueva perspectiva al introducir en el análisis la particular posición de Sartre. En primer lugar, describiremos brevemente la posición no-egológica de Sartre, para lue-

go conectarla con algunos episodios de la *Recherche*.

## Alienación y enmascaramiento en la teoría de Sartre

Según Sartre, la idea de yo que hegemoniza el panorama filosófico desde Descartes hasta Husserl es una idea *ficticia*. Lejos de ser el fundamento de la filosofía, a la manera del *cogito*, el ego adquiere en la teoría de Sartre un estatuto derivado y secundario. Polemizando con la filosofía moderna, tal como lo había hecho Hume dos siglos antes, Sartre niega que el ego pueda ser fuente de certezas; por el contrario, el yo es desplazado desde la verdad apodíctica hacia la ilusión, desde el plano de la certeza hacia el del engaño.

En *La trascendencia del ego* (1936/2003), el yo se presenta como una unidad ideal (ilusoria) de estados y acciones, cuyo fin es esencialmente práctico: enmascarar a la conciencia (el verdadero “sujeto” de la fenomenología) su absoluta espontaneidad. Este *yo* es entendido, entonces, como un *producto* de la espontaneidad de la conciencia, ya no como fuente, origen o causa. Para sostener esta tesis, el argumento de Sartre procede afirmando la primacía de lo irreflexivo por sobre la reflexión, postulando la primordialidad de la conciencia por sobre el ego. Siguiendo coherentemente la idea husserliana de la *intencionalidad* de la conciencia, Sartre afirma el carácter originario de la conciencia, cuyo primer nivel es irreflexivo. En efecto, la conciencia es siempre posicional: conciencia *de* objetos trascendentes, en los cuales se agota completamente. La conciencia reflexiva, por el contrario, implica una operación de segundo grado, una vuelta de la conciencia sobre sí misma. De manera significativa para el caso, Sartre sostiene que es en el modo de la *rememoración* donde emerge el yo:

Si, por ejemplo, quiero recordar un paisaje que vi ayer en el tren, me es posible hacer volver el recuerdo de este paisaje como tal, pero también puedo acordarme de que yo veía ese paisaje [...]. Dicho con otras palabras, puedo siempre efectuar cualquier rememoración en el modo personal, y entonces el Yo aparece de inmediato (Sartre, 2003: 43).

Así, la conciencia del paisaje (conciencia tética e irreflexiva), puede volverse posteriormente recuerdo “de paisaje” y, sólo en un tercer momento, conciencia de “yo veía el paisaje”. El *yo* aparece como subproducto de viven-

cias intencionales no reflexivas, de tal modo que sólo hay *yo* por el recuerdo. Leer, escribir, correr, mirar un paisaje: ninguna de estas acciones involucra al *yo* de manera originaria, ya que se trata de conciencias irreflejas, donde la conciencia toda está perdida en el acto de trascenderse hacia el objeto. El *yo* surge a posteriori, en la rememoración, desde el momento en que la conciencia enuncia: *yo* leía, *yo* escribía, *yo* corría, etc. (Cfr. Sartre, 2003: 46).

Una vez que la conciencia vuelve sobre sí misma, abandonando los objetos en los cuales se perdía completamente, reflexionando acerca de vivencias o acciones pasadas; sólo entonces entra en escena este personaje que es el *yo*. Citemos en este sentido la siguiente frase de Proust:

A veces somos nosotros quienes estamos tan fatigados que nos parece que no tendremos ya, en nuestro pensamiento desfalleciente, bastante fuerza para retener esos recuerdos, esas impresiones que para nuestro *yo* frágil son el único lugar habitable, la única manera de realización (Proust, 2002: 455).

Esta idea del recuerdo, de la evocación de impresiones como el único lugar habitable para un *yo* frágil, puede ser puesta en relación con la propuesta de Sartre. No hay *yo* más que por el recuerdo, por la recuperación de una conciencia que deja de estar perdida intencionalmente en el mundo para volverse hacia sí misma. El *yo*, al igual que en la obra de Proust, sólo emerge en el horizonte de la reflexividad; más precisamente, de la memoria.

Sin embargo, todo ocurre como si el verdadero sujeto fuera el *yo*. Tanto las filosofías tradicionales (paradigmáticamente, la filosofía cartesiano-husserliana) como las personas en su vida cotidiana, tienden a pensar en el *yo* como el fundamento último de la conciencia y los actos, instituyendo falsamente lo secundario como originario. Este error, propio de todos los seres humanos, se deriva para Sartre del carácter absolutamente *espontáneo* de la conciencia. La conciencia, vacía, nihilizante, no es más que una sucesión de vivencias intencionales; una continua creación a partir de la nada. Por definición, la conciencia excede la voluntad: no podemos *quererla*; sabemos que es tan inútil *querer* no pensar en algo (no tener conciencia de...) como *querer* dormirse. Sartre señala que esta absoluta libertad de la conciencia, en tanto que inestabilidad constante, es intolerable. Así, el *yo* cumple una función

antropológica fundamental: enmascarar el carácter libre y espontáneo de la conciencia, encorsetándolo en un objeto ilusorio denominado ego. En la teoría del primer Sartre, el sujeto se aliena en una falsa representación unitaria de sí mismo, en la unidad ilusoria del ego, para escapar de su indeterminación. “Todo sucede, pues, como si la conciencia constituyera al Ego como una falsa representación de sí misma; como si la conciencia se hipnotizara con este Ego que ella ha constituido, se absorbiera en él...” (Sartre, 2003: 106).

El ego cumple entonces una función existencial fundamental, de *enmascaramiento*, ante lo que Sartre denomina el “vértigo de las posibilidades”. La conciencia, absolutamente libre, es un vacío siempre insatisfecho, una pura nada. La solución de Sartre lo aproxima nuevamente a Hume al postular la necesidad de una ficción necesaria, que conecte los actos según un sentido, que enlace sucesiones de causas y efectos. El sentimiento de *angustia* ante el vacío, entendido como la infinitud de las posibilidades siempre presentes a la conciencia, se enmascara a través de la idea de yo como unidad ilusoria, como coherencia imaginaria.

## Alienación y enmascaramiento en Proust

La hipótesis de lectura que proponemos relaciona el esquema sartreano conciencia/alienación/yo con la concepción proustiana de la subjetividad, analizando fundamentalmente la función del *amor* como instancia alienante, la cual sin embargo (como se verá) otorga cierta estabilidad precaria a las identidades de los personajes, in-esenciales, de-sustantivados. Para comenzar el análisis, tomaremos como punto de partida algunos episodios del tomo II, centrados en el descubrimiento del grupo de muchachas en la playa de Balbec y el posterior enamoramiento del narrador hacia Albertina.

En primer lugar, la aparición del grupo de muchachas interrumpe la monotonía de la vida del narrador en la ciudad balnearia, monotonía quebrada fugazmente por la aparición de Saint-Loup. El personaje *se pierde* en la cotidianeidad de Balbec, en las salidas con su abuela y Mme. de Villeparisis, en las comidas en el hotel y luego afuera, con Saint-Loup. El descubrimiento de las jóvenes, por su parte, destruye la rutina y altera de manera radical la fisonomía de Balbec y del protagonista. Antes enfermizo y delicado, sujeto a cuidados especiales por parte de su abuela, a siestas diarias en el hotel, se entrega a la vida al aire libre –la vida de “deportes” de las muchachas–, al es-

pacio de juegos (igual que la aparición de Gilberte lo había impulsado, antes, a los *Champs Élysées*).

En este sentido, aparece en primer lugar una *identificación con el objeto de amor*. Ante la falta (constitutiva) de una identidad fija, de una falsa esencia que enmascare el vacío del sujeto, se busca la estabilidad en el otro. El sujeto se identifica con el objeto (estático) de deseo. El objeto de amor se presenta como el elemento estable: si el sujeto representa el constante cambio, el objeto constituye la fijeza. El yo parece constituirse, entonces, en relación con el objeto de deseo, hecho que en Proust parece asumir varias formas. La obsesión del protagonista por acceder a la casa de Gilberte en el tomo I, que se reproduce luego en el amor por Albertina, descubre un deseo por frecuentar los lugares por los cuales transita el ser amado y por pertenecer a ellos, deseo en el cual ser y pertenecer aparecen estrechamente vinculados.

A su vez, el otro deseado-proyectado actúa como un polo en torno al cual se ordenan los deseos, las expectativas, las acciones del sujeto deseante, inestable e in-esencial. En este sentido, el objeto de deseo constituye un centro de referencia (retomamos la expresión de Sartre) que indica la posición momentáneamente estable de un yo. Así, el otro deseado permite recortar una imagen más o menos fija del yo deseante. El “yo propio” adquiere cierta solidez, cierta estabilidad que le es exterior (dado que su única “esencia” es carecer de esencia). El yo, antes indefinible, puede caracterizarse momentáneamente en términos de su amor:

Muchas veces he procurado después recordar cómo había resonado para mí en la playa aquel nombre de Simonet, todavía incierto en su forma, que yo había percibido mal [...] teñido de esa vaguedad y novedad tan conmovedoras luego para nosotros cuando ese nombre, cuyas letras se graban a cada segundo más profundamente en el alma por nuestra atención incesante se convierte [...] en el primer vocablo que encontramos (ya sea al despertar o después de un desvanecimiento), incluso antes de la noción de la hora que es, del lugar en que estamos, casi antes que la palabra “yo”, como si el ser que designa fuera más nosotros que nosotros mismos... (Proust, 2002: 361).

Como afirma el héroe, el ser amado es más “nosotros” que nosotros mis-

mos; esa alienación constante en el objeto de deseo permite una huida de la nada constitutiva, una fuga desde la inestabilidad hacia una falsa permanencia que es buscada en el otro, en el amor por el otro. La fijación de la subjetividad in-esencial se presenta entonces, como decía Sartre, como intento de enmascarar la angustia que produce el vacío, la indeterminación.

### Algunas consideraciones finales: *La nada detrás de la máscara. La alienación ontológica y estética*

Por otra parte, en Figuras de la nada en *La Recherche* Analía Melamed sostiene que *el horror y la fascinación ante la nada constituyen una fuerza subterránea* en la obra proustiana (2006: 163). Y más allá de una indagación teórica existe una alusión ficcional a la nada, es decir la novela está constituida por puntos de fuga, por vacíos que abren múltiples sentidos. Propone esbozar algunos de los lugares, espacios e intersticios por donde esta ficción se constituye, en el impulso que esta nada como principio estético induce en la presencia de la enfermedad y el olvido, el mundo social, y el amor. En el apartado *Mascaras y silencio en el amor y en el mundo social* sostiene que todo lo que al héroe se le presentara como deseable, el mundo de los salones, de las fiestas, de la nobleza, que se le aparece como lejano y como de un mundo extraordinario, será también en el futuro fuente de desencanto, dado a que todo esto es una consideración dada por la distancia y la perspectiva.

En relación a esto, como veníamos diciendo, los personajes asumen a su vez una de multiplicidad de yoes, en función de lo cual el héroe nunca puede establecer sobre ellos más que hipótesis e interpretaciones sin poder llegar nunca a la certeza. Y esto lo sume en una perplejidad. Por esto llama *teatralidad* a la construcción que hace Proust de los personajes con procedimientos de *equivoco, inversión, desdoblamiento, artificio puesta en escena y perspectivismo* (Melamed, 2006:165).

La búsqueda de estabilidad de estos sujetos constitutivamente inestables, condenados al vacío, va configurando una suerte de tópica de las posibilidades, donde las elecciones de los personajes –fundamentalmente las elecciones (mutables) de objetos de deseo– van posicionando a los personajes de acuerdo a esos objetos deseados. En este sentido, nos interesa señalar una *dimensión productiva* del deseo, que no enfatice el aspecto platónico del deseo (deseo como falta, carencia) sino un doble movimiento de construcción posi-

tiva: en primer lugar, construcción del objeto que se desea;<sup>3</sup> pero esta misma construcción es la que constituye un sujeto deseante. En este sentido, hay alienación y descentramiento en la medida en que hay cosificación del objeto, pero también hay movimiento en tanto que la búsqueda de la sutura/obtención produce cambios “sustanciales” en el sujeto. Los personajes proustianos buscan constantemente pertenecer al mundo del sujeto que aman; así, existe una tensión constante entre esta búsqueda y la resolución que deviene una vez que se alcanza el deseo: una decepción o el abandono del deseo mismo. Lo que nunca ocurre es el retorno a un punto fijo, porque de antemano el punto de partida nunca lo fue. Si los personajes no tienen esencia, entonces están siempre descentrados, en movimiento dinámico.

Es en este sentido que la concepción proustiana de la subjetividad puede ser puesta en relación con el esquema sartreano. En ambos casos, se trata de yoes signados por la ficción; y es esta ficcionalidad la que enseña la inesencialidad del sujeto sartreano y de los personajes de la novela proustiana. Para los sujetos sin esencia, indeterminados, tal in-esencialidad resulta intolerable.

Esta falta de fijación ontológica que los arroja hacia una vida social inauténtica (en el caso de los personajes de Proust) o hacia una serie de alienaciones egológicas permanentes (Sartre), puede ser considerada en un plano estético como una de las *figuras de la nada*, como es tratado en el texto de Analía Melamed, en tanto que el mundo social en la novela es el espacio del simulacro, del deseo alienante y la decepción. El enmascaramiento entonces, es producido como un dispositivo que intenta de manera constante huir del horror al vacío, de la inminencia de la muerte, de la precariedad ontológica de sujetos in-esenciales.

En relación con esto, nos interesa cerrar el trabajo con una interesante afirmación que Bernard-Henri Lévy (2002) hace en su libro *El siglo de Sartre*:

También resulta extraño [...] que (Sartre) se apartara de Proust de un modo tan tajante, tan violento. Porque ¿quién ha expresado mejor que Proust la infidelidad a sí mismo, la diferencia entre el yo actual y el de

---

<sup>3</sup> Esta primera dimensión productiva del deseo ya ha sido señalada por J. C. Moran, quien destaca el papel de la *hipótesis* en el amor y en el arte: “Pues el amor comporta una visión hipotética de la mujer amada, absolutamente construida sobre la base de múltiples impresiones y yoes imaginarios. Es, en rigor, una visión enferma...” (Moran, 2005: 21). También Analía Melamed retoma el carácter ficticio del amor, planteándolo en términos de dimensión onírica (Cfr. Melamed: 2005).

ayer o anteayer? [...] Un Sartre proustiano. Demasiado proustiano. Un Sartre que se resiste, como ante Gide, Céline o Bergson, a esa presencia, a esa influencia de Proust en él (261).

Es este “costado Proust de Sartre” el que hemos querido retomar en este trabajo. Un costado más o menos visible que puede descubrirse bajo las críticas, en las marcas textuales de una influencia resistida por Sartre, la cual que no hace más que expresar, una vez más, la infidelidad insuperable del yo a sí mismo.

## Referencias bibliográficas

- Hume, D. (1984). *Tratado de la naturaleza humana*. Buenos Aires: Orbis.
- Lévy, B-H. (2002). *El siglo de Sartre*. Barcelona: Ediciones B.
- Melamed, A. (2005). “Recorridos del amor en Marcel Proust”. En J. Moran. *Proust más allá de Proust* (pp.25-28). La Plata: De la campana.
- Melamed, A. (2006). “Figuras de la nada en La Recherche”. En J. Moran *Proust ha desaparecido. Memoria de los paraísos perdidos* (pp.163-170). Buenos Aires: Prometeo.
- Moran, J. C. (2005). *Proust más allá de Proust*. La Plata: De la campana.
- Proust, M. (2002). *En busca del tiempo perdido. A la sombra de las muchachas en flor*. Buenos Aires: Losada.
- Sartre, J. P. (2003). *La trascendencia del ego*. Madrid: Síntesis.
- Sartre, J. P. (2008). *El ser y la nada. Ensayo de ontología y fenomenología*. Buenos Aires: Losada.

Se publican las actas de las “Jornadas Marcel Proust: Literatura y Filosofía” en cuyas ponencias los investigadores exploran las múltiples conexiones entre filosofía y literatura presentes en la obra de Marcel Proust. En efecto, puesto que *En busca del tiempo perdido* reconstruye diversas tradiciones literarias, filosóficas y artísticas a la vez que suscita lecturas heterogéneas y divergentes, los trabajos de las jornadas profundizan algunas de esas relaciones o proponen nuevas posibilidades de lectura. En las ponencias se indaga, en última instancia, sobre cuestiones y concepciones filosóficas inmanentes a los desarrollos ficcionales y las relaciones entre demostración ficcional y demostración filosófica, desde los estudios de género al neopragmatismo, de Merleau Ponty a Benjamin o Sartre.

**ISBN 978-950-34-1398-2**